

Enero 6 de 1874

El Tradicionista.

BOGOTA, 6 DE ENERO DE 1873.

CONFESIONES.

Con mucha complacencia oímos el discurso que el señor doctor Alvarez pronunció en la sesión de la Asamblea del 2 de los corrientes. En ese discurso, con la franqueza que lo caracteriza, hizo patente el señor doctor Alvarez los inmensos males que para la ciencia y para la moral produjo el sistema de educación inaugurada por la reacción liberal de 1850.

De años atrás el partido conservador venia sosteniendo que la licencia en los estudios, que el enseñar á los jóvenes á despreñar todo freno, que el lanzarlos prematuramente en la carrera pública, aborrascando sus pasiones y fomentando su loca ambición, no podia producir otros resultados que los que hoy con dolor contemplamos: la formación de una turba de politicastos, ignorantes, pedantes, ávidos de destinos públicos, para alcanzar los cuales no reparan en ninguna ley divina, humana ni aun siquiera de decoro.

Dijosenos entonces por el partido liberal, interesado en hacerse con prosélitos, que lo que los conservadores querian era mantener humillada á la juventud, impidiéndole tomar participación en la cosa pública, para que ésta fuera patrimonio exclusivo de las notabilidades conservadoras. El tiempo ha venido á confirmar nuestros temores y pronósticos; y hasta los mismos prohombres liberales, desengañados ya, y viendo la absoluta impotencia en que se hallan de imprimir una marcha regular y juiciosa á su partido, que se deshace día por día en círculos raquíticos, sin bandera y sin principios,—empiezan á reconocer y confesar la verdad. Esto es algo, porque aunque el mal actual es ya irreparable, el hecho de publicarse su existencia con valor y con franqueza por sus mismos autores, indica que aun queda alguna esperanza de remedio para lo futuro. Nunca es tarde el arrepentimiento; y por eso nosotros, que no tenemos otra aspi-

ración que la de contribuir al engrandecimiento del país, no podemos menos de aplaudir las palabras del señor doctor Alvarez, y rogarle que aproveche su inteligencia y su posición en el partido liberal en beneficio de la educación moral y verdaderamente científica de nuestra juventud.

Como consecuencia de ese pernicioso sistema de educación liberal de 1850 el señor doctor Alvarez presentó la corrupción del sufragio, que es sin duda el gran crimen que pesa sobre su partido. Lo que él dijo, ya nosotros lo habíamos repetido centenares de veces; pero como hasta ahora nosotros solos habíamos sido las víctimas, nuestras quejas se tomaban como desahogos de rabia y de impotencia. El alejamiento del partido conservador de la escena política va haciendo comprender tambien cuán justos eran nuestros clamores en este punto; pues á medida que se aparta mas el fantasma del enemigo comun, surgen del seno del partido liberal nuevos círculos, que para alcanzar el predominio sobre sus rivales, ponen en práctica los fraudes que con tan buen éxito han venido ensayando contra nosotros durante doce años. Cada vez que leemos alguna de las numerosas publicaciones que sobre fraudes eleccionarios han hecho los liberales en los últimos días, no podemos menos de preguntar con el Evangelista: "Si con el leño verde hacen esto, con el seco qué no harán?" Si los partidarios de Salgar y de Salazar, de Trujillo y de Perez no han ahorrado indignidad ni bajeza alguna para triunfar de un rival liberal; qué no habrán hecho contra nosotros siempre que con candidatos propios hemos pretendido hacer uso del llamado *derecho de sufragio*? Respondan con la mano sobre el corazón todos los liberales honrados; consideren ahora cuánta habrá sido nuestra paciencia, cuánto nuestro amor á la paz; y dígnanos si ellos, que acaban de hacer tres revoluciones en Panamá, una en Bolívar y que preparaban una nueva en Boyacá por abusos eleccionarios, nos habrían tolerado, apesar de sus pom-

posas declamaciones sobre la padoce años de burlas, de fraude y de legal opresion.

Y recordamos esto, no por un arranque de despecho, sino para hacernos comprender á los liberales que siempre que alzamos la voz para que jarnos es por pasión, y que á la larga ellos experimentarán tambien los efectos de su propia política.

El señor doctor Alvarez en su citado discurso dijo que la corrupción de nuestros jóvenes se debía á que no se les obligaba á hacer estudios completos en las materias de sus diversas profesiones. Indudablemente que la ciencia á medias es perniciosísima, porque no hace sino engendrar la soberbia, fuente de los mayores crímenes; pero tampoco podrá decirse que él que no todos los falsificadores los ambiciosos, y los perjuros y los que despojan de sus bienes á la viuda y huérfano, sean hombres comunes, desprovistos de ciencia. El mismo señor Alvarez, pocos días antes, fulminó en la misma Asamblea un tremendo cargo contra un personaje político, quien no se le puede negar una vasta y bien cultivada inteligencia.

Pero la prueba mas clara de que la ciencia no basta para formar hombres honrados y dignos, la tiene el señor doctor Alvarez á la mano. Ha sido por muchos años Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario; ha formado muchos jóvenes, que ya figuran en la política; y, segun su propia confesion, con raras excepciones, la mayor parte de ellos se han corrompido, y tomado "la profesion de falsificadores de registros." Unidos: ó esos jóvenes no han adquirido ciencia bajo la dirección de los doctores Rojas y Alvarez, y entonces ese plantel no ha estado sirviendo al público y á los padres de familia; ó la ciencia que allí se enseñaba es impotente para moralizar, y entonces en vez de ser útil, es perjudicial.

Todos los habitantes de Bogotá hemos visto al pie de las mesas electorales en cada elección, multitud de niños con el escudo de la Univer-

UNA CAMA TERRIBLE,

POR WILKIE COLLINS.

(Traducido del inglés por C. M. S.)

Corrí al lugar del lavamanos; tomé un poco del agua de la jarra; eché el resto en la alfombra y me metí en ella la cara; despues me senté en una silla y traté de calmarme. Pronto me sentí mejor. El cambio para mis pulmones, de la pestilente atmósfera de la sala de juego, por el aire fresco del departamento que ocupaba; el cambio igualmente grato para mis ojos, de las vivas lámparas de gas por la suave y tranquila luz del dormitorio, ayudaron muy eficazmente los reparadores efectos del agua fria.

El vértigo me dejó libre, y empecé de nuevo á sentirme como un ser racional. En lo primero que pensé fué en el peligro de dormir toda la noche en una casa de juego; luego en el peligro todavía mayor de tratar de salir de

vios de mi cuerpo temblaban, todos mis sentidos parecian sobrenaturalmente aguzados. Me estiraba, me encogía, intentaba todas las posiciones y buscaba constantemente las esquinas frias de la cama, pero todo sin provecho. Ora extendiz los brazos sobre las cobijas; ora los metía debajo de mis vestidos; ora estiraba las piernas con violencia hasta el extremo de la cama; ora las recogia convulsivamente hasta dar casi con la barba; ora tiraba lejos mi arrugada almohada, ó la volvía por el lado fresco, ó le daba golpecitos y la colocaba detras de la espalda; ora la doblaba en dos, la ponía de punta contra la cabeceza de la cama y trataba de sentarme. Todo esfuerzo era inútil; yo suspiraba de fatiga y comprendí que así debía pasar toda la noche.

Qué hacer? No tenia libro en que leer. Para distraerme resolví sacar partido de mi situación y darme á imaginar toda especie de hor-

llé mucho más fácil formar el inventario de hacer reflexiones, y por lo mismo pronto de pensar en la ingeniosa obra de De Maistre ó para hablar con más propiedad, pronto de pensar en todo. Recorrí con la vista los diferentes objetos del cuarto y no hice otra cosa.

En primer lugar estaba la cama en que me hallaba acostado, ordinaria y pesada con cuatro columnas, con el cielo forrado en seda, su correspondiente cenefa en rededor; y lucantes y nocivas colgaduras, que recuerdo haber corrido mecánicamente contra las columnas, sin tomarme el trabajo de examinarlas cuidadosamente la cama. Despues se notaba el mármol, con cubierta de mármol, del cual goteando todavía sobre el suelo de ladrillo agua que habia derramado en mi furia por despertarme. Luego dos sillas sobre las cuales habia tirado mi levita, mi chaleco y mis pantalones. Despues una silla de caderas cubierta

Pro 2-11, pag. 1. 204, Enero 6 de 1874. Bogotá, Año III, trim. I, sección el Tradicionista. B.N.C. sala prensa 12.

1205

8

que la de contribuir al engrandecimiento del país, no podemos menos aplaudir las palabras del señor doctor Alvarez, y rogarle que emplee su inteligencia y su posición en el partido liberal en beneficio de la educación moral y verdadera y científica de nuestra juventud. Como consecuencia de ese pernicioso sistema de educación liberal de que el señor doctor Alvarez prefiere la corrupción del sufragio, que duda el gran crimen que pesa sobre su partido. Lo que él dijo, ya nosotros lo habíamos repetido centenares de veces; pero como hasta nosotros solos habíamos sido víctimas, nuestras quejas se tomaban como desahogos de rabia y de impotencia. El alejamiento del partido conservador de la escena política haciendo comprender también que justos eran nuestros clamores en este punto; pues á medida que se aleja mas el fantasma del enemigo, surgen del seno del partido nuevos círculos, que para alcanzar el predominio sobre sus rivales ponen en práctica los fraudes con tan buen éxito han venido ensayando contra nosotros durante doce años. Cada vez que leemos una de las numerosas publicaciones que sobre fraudes eleccionarios ha hecho los liberales en los últimos años, no podemos menos de preguntarle con el Evangelista: "Si con el verde hacen esto, con el seco no harán?" Si los partidarios de Salgar y de Salazar, de Trujillo y de Perez no han ahorrado indignidad ni bajeza alguna para triunfar de su rival liberal; qué no habrán hecho contra nosotros siempre que con cantos propios hemos pretendido el uso del llamado *derecho de sufragio*? Respondan con la mano sobre el corazón todos los liberales interesados; consideren ahora cuánta paciencia ha sido nuestra paciencia, cuánto amor á la paz; y dígnanos si nos acaban de hacer tres revoluciones en Panamá, una en Bolívar que preparaban una nueva en Bogotá por abusos eleccionarios, nos habrían tolerado, apesar de sus pom-

posas declamaciones sobre la paz, doce años de burlas, de fraude y de legal opresión.

Y recordamos esto, no por un arranque de despecho, sino para hacer comprender á los liberales que no siempre que alzamos la voz para quejarnos es por pasión, y que á la larga ellos experimentarán también los efectos de su propia política.

El señor doctor Alvarez en su citado discurso dijo que la corrupción de nuestros jóvenes se debía á que no se les obligaba á hacer estudios completos en las materias de sus diversas profesiones. Indudablemente que la ciencia á medias es perniciosísima, porque no hace sino engendrar la soberbia, fuente de los mayores crímenes; pero tampoco podrá desconocer él que no todos los falsificadores y los ambiciosos, y los perjuros y los que despojan de sus bienes á la viuda y al huérfano, sean hombres comunes, desprovistos de ciencia. El mismo señor Alvarez, pocos días ántes, fulminó en la misma Asamblea un tremendo cargo contra un personaje político; á quien no se le puede negar una vasta y bien cultivada inteligencia.

Pero la prueba mas clara de que la ciencia no basta para formar hombres honrados y dignos, la tiene el señor doctor Alvarez á la mano. El ha sido por muchos años Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario; ha formado muchos jóvenes, que ya figuran en la política; y, segun su propia confesion, con raras excepciones, la mayor parte de ellos se han corrompido, y tomado "la profesion de falsificadores de registros." Una de dos: ó esos jóvenes no han adquirido ciencia bajo la direccion de los doctores Rojas y Alvarez, y entonces ese plantel no ha estado sino engañando al público y á los padres de familia; ó la ciencia que allí se enseña es impotente para moralizar, y entonces en vez de ser útil, es perniciososa.

Todos los habitantes de Bogotá hemos visto al pié de las mesas electorales en cada eleccion, multitud de niños con el escudo de la Universi-

dad ó del Colegio del Rosario jurando en falso y renegando del apellido de sus padres por tener la satisfacción de colocar cada cual mas de una papeleta en las urnas. El señor Alvarez no ignora esto. Qué ha hecho para evitarlo? Lo ha mirado con indiferencia? Entonces con qué derecho va á clamar en la Asamblea contra la corrupcion del sufragio? Ha tratado de cortar el mal y no lo ha conseguido? Entonces cómo se atreve á seguir cargando con la gran responsabilidad moral que la direccion de ese establecimiento le acarrea, y cómo toma con tanto calor la defensa de las enseñanzas que allí se dan? Misterio es este para nosotros indescifrable.

Ah! persuádase el señor Alvarez de que no es bastante obligar á un joven á aprender el Heineccio y la enredada filosofia del doctor Rojas, para hacerlo modesto, morigerado, amigo del trabajo y para apagar en su seno el fuego de las pasiones.

Por eso decimos nosotros constantemente, aunque se nos tache de impertinentes: ante todo es preciso moralizar, y la moral no tiene fuerza alguna mientras no se apoye en la Religion.

El señor Alvarez es hombre de talento y de sanas intenciones; y por eso nos atrevemos á esperar que él no mirará con desprecio esos nuestros breves comentarios, que hacemos animados por el mismo espíritu que á él lo ha guiado en sus francas confesiones. Aun es tiempo de que él ponga el remedio. No quiera el cielo que de aquí á diez años se le oiga lamentarse en otra Asamblea de haber errado el camino, cuando ya no es posible volver atras. Enseñe él de hoy en adelante á sus discípulos con el *Libro de la Sabiduría* que "el que teme á Dios hará buenas obras, y que el que observa exactamente la justicia, poseerá la sabiduría," y tendrá dentro de pocos años la gran satisfacción de ver extirpados en gran parte los males de que hoy con sobra de justicia se lamenta, y su nombre bendecido por todos los colombianos honrados.

de mi cuerpo temblaban, todos mis sentidos parecían sobrenaturalmente aguzados. Me tiraba, me encogía, intentaba todas las posiciones y buscaba constantemente las esquinas de la cama, pero todo sin provecho. Ora tendía los brazos sobre las cobijas; ora los tenía debajo de mis vestidos; ora estiraba las piernas con violencia hasta el extremo de la cama; ora las recogía convulsivamente hasta casi con la barba; ora tiraba lejos mi arrullo almohada, ó la volvía por el lado fresco, ó daba golpecitos y la colocaba detras de la espalda; ora la doblaba en dos; la ponía de punta contra la cabeza de la cama y trataba de sentarme. Todo esfuerzo era inútil; yo suspiraba de fatiga y comprendí que así debía pasar la noche.

Qué hacer? No tenia libro en que leer. Para distraerme resolví sacar partido de mi situa-

llé mucho más fácil formar el inventario que hacer reflexiones, y por lo mismo pronto dejé de pensar en la ingeniosa obra de De Maistre, ó para hablar con más propiedad, pronto dejé de pensar en todo. Recorrí con la vista los diferentes objetos del cuarto y no hice otra cosa.

En primer lugar estaba la cama en que yo me hallaba acostado, ordinaria y pesada, de cuatro columnas, con el cielo forrado en zaraza, su correspondiente cenefa en rededor y sus fucantes y nocivas colgaduras, que recuerdo haber corrido mecánicamente contra las columnas, sin tomarme el trabajo de examinar previamente la cama. Despues se notaba el lavamanos, con cubierta de mármol, del cual caía goteando todavía sobre el suelo de ladrillo el agua que habia derramado en mi furia por refrescarme. Luego dos sillas sobre las cuales habia tirado mi levita, mi chaleco y mis pantalones.

vió pronto al cuadro. Conté las plumas en el sombrero del hombre, que eran de relieve, tres blancas y dos negras. Observé la copa del mismo sombrero, que era cónica, segun la moda que se supone haber sido favorecida por Guido Jankes.

No comprendia bien á qué podia estar mirando: no podia ser á las estrellas, porque tal desesperado no era ni astrólogo ni astrónomo. Debía ser sin duda á la horca de la cual iba á ser colgado en breve. ¿Tomaria el verdugo posesion de su sombrero cónico y de las plumas? Volví á contar estas: tres blancas, dos negras.

Ocupado así en este serio y provechoso trabajo intelectual, mis pensamientos empezaron de pronto á divagar. La luz de la luna que bañaba el cuarto me hizo recordar cierta noche de luna en Inglaterra, despues de una gira (pic nic party) en el valle de Welsh. Todos los incidentes de la vuelta á casa, por entre un